

De *Los monstruos* a *Homo argentum*

♦ Por Carlos Cámpora
PARA LA GACETA – BUENOS AIRES

Innumerables notas se han dedicado a la exitosísima película argentina *Homo argentum*. Nos referiremos a ella desde un ángulo diferente: la comparación entre la película argentina y el film italiano *Los monstruos*. La comparación nace de declaraciones de Guillermo Francella, quien mencionó la película italiana como inspiradora de su último film. El actor fue el que les propuso a Mariano Cohn y Gastón Duprat, creadores de *Homo argentum*, que habría que hacer algo similar a *Los monstruos*, adaptándolo a la idiosincrasia argentina.

Para poder establecer la mencionada comparación, es necesario recordar aspectos de ambas películas. Sobre el filme argentino, dada la difusión alcanzada, lo haremos muy brevemente. Este está estructurado en 16 episodios cortos, en los cuales el protagonista es Francella con diferentes caracterizaciones. La acción se ubica en la actualidad y trata de reflejar a personajes del ámbito urbano.

Los monstruos (1963) fue dirigida por Dino Risi y protagonizada por dos renombrados actores, Ugo Tognazzi y Vittorio Gassman. Con diferentes caracterizaciones, ambos intervienen en los 20 episodios del film, usualmente alternándose en ellos y en unos pocos compartiéndolos.

Como su título da a entender, *Los monstruos* refleja -en todos los episodios- comportamientos de personajes egoístas, falsos, hipócritas, sin escrúpulos. Veamos tres ejemplos para comprender en concreto el “tono” predominante. El primer episodio narra las distintas enseñanzas de un padre a su hijo; le enseña es a mentir, a ser egoísta, a aprovecharse de otros. En otro sketch, titulado irónicamente “Como un padre” (aclaración: la mayoría de los episodios llevan títulos irónicos), un hombre joven sospecha que su esposa lo engaña y recurre a los consejos de un hombre mayor en quien confía; este acepta ayudarlo, pero en verdad es precisamente el que tiene un amorío con la mujer. En otro episodio dos huérfanos mendigan, uno de ellos -ciego- entona canciones y el otro recoge las limosnas; un oculista se acerca al segundo (sin que el ciego se entere) y le dice que él puede hacer que recu-



MÁS TENUE. Comparado con la dura película italiana *Los Monstruos*, el filme argentino es menos crítico y hasta tiene situaciones con humor.

pere la vista sin cobrarle nada por ello; este le agradece mucho al médico, pero en vez de comentárse-

lo al ciego, lo lleva a otro lado para que continúe con sus canciones y seguir así obteniendo las limosnas.

Si se compara las dos películas, pronto se ven dos evidentes coincidencias: ambas están estructuradas en numerosos y breves episodios, y en cuanto a los protagonistas todos los sketches tienen al mismo o a los mismos.

Sin embargo, también hay claras diferencias. Si bien con matices humorísticos, el “tono” de la película italiana es en todos los episodios el de una crítica muy ácida, cáustica. En cambio, en el filme argentino, aunque algunos episodios tienen un tinte crítico, nunca alcanzan la dureza de la italiana e incluso muchos son sólo humorísticos. Asimismo, en cuanto a los personajes, en distintos grados, todos los retratados en la película italiana presentan actitudes notoriamente censurables. En el filme argentino, si bien algunos personajes son claramente cuestionables, en la mayoría la crítica es leve o nula. Además, la película italiana logra emocionar hondamente, conmover, especialmente en el último (y posiblemente mejor) episodio de todos, el de los boxeadores, en el cual intervienen Tognazzi y Gassman, donde el que causó un grave daño termina acompañando a su víctima. El filme argentino, aun en el caso de algún episodio en el cual se intente emocionar (como el de los padres que despiden a su hija que se va del país), no muestra la potencia, la hondura del italiano.

Por supuesto, como con todo producto cultural, ambas películas admiten diversas lecturas. Desde nuestro punto de vista, es cierto que *Homo argentum* se parece a *Los monstruos* en su aspecto formal (numerosos episodios actuados por el mismo o los mismos protagonistas). Sin embargo, en los aspectos sustantivos (el “tono” elegido, los rasgos de los personajes, la capacidad de emocionar), el film argentino aparece más tenue, más lavado que el italiano.

© LA GACETA

Carlos Cámpora - Licenciado en Letras (UBA), doctor en Ciencias Sociales (UBA)
IG: carloscampora01

ENTREVISTA A GONZALO LEÓN

“Quien vea a Shakespeare como un autor de alta cultura se equivoca”

El escritor y periodista chileno explora en *El mal inglés* (Mansalva) -un agudo ensayo de literatura comparada- la influencia de William

Shakespeare en el romanticismo, la cultura popular y nuestras letras

♦ Por Matías Carnevale
PARA LA GACETA – BUENOS AIRES

-¿Cómo surgió la idea para el libro, considerando que, fuera de la academia, no abundan los ensayos contemporáneos sobre Shakespeare?

-Llegué a Shakespeare por el romanticismo. Empecé a leer ensayos y autores de forma desorganizada hace once años. El primero fue *La compañía visionaria: Wordsworth, Coleridge y Keats*, de Harold Bloom. Y desde ese momento sentí curiosidad, básicamente porque Bloom se negaba a definir el romanticismo. Luego seguí leyendo autores románticos, hasta que me di cuenta de que la gran lucha que había dado el romanticismo había sido por instalar a Shakespeare como el autor canónico que ha sido desde principios del siglo XIX. Entonces, escribir sobre Shakespeare era escribir sobre cómo funcionaba el canon o cómo se gestaba.

-Confesás que solo viste una obra del Bardo representada en

escena. Para los actores argentinos, desde Alfredo Alcón en adelante, Shakespeare ha sido el desafío máximo para probarse en las tablas. Hace no mucho se repuso *Hamlet*, protagonizada por Joaquín Furriel, mientras que Pompeyo Audivert se atrevió con *Macbeth*. Desde que escribiste aquellas líneas, ¿has vuelto a ver alguna obra shakespeareana?

-De las que mencionas la única que quise ir a ver, y me la perdí, fue *Habitación Macbeth*. Quería ir porque sentía que en la lectura de Macbeth había algo incompleto, que quizá me lo podía dar la representación. Después me di cuenta de mi error: la representación no me iba a dar nada, me iba a confundir más. Tengo un defecto, me cuesta mucho sentarme y ver las actuaciones, la iluminación y la puesta en escena, sin distraerme del texto y verme afectado emocionalmente por todo lo que ocurre en el escenario. Pese a ello, desde hace 30 años soy un lector de

teatro, y me gusta mucho leer ensayos de teatro. Me cuesta nada imaginarme una puesta en escena. A todas las obras de Shakespeare las leí así. Pero también leí ensayos sobre Shakespeare que escribieron Alexander Pope, Herder, Samuel Johnson, Isaac Disraeli, Víctor Hugo, William Hazlitt, Jan Kott y Harold Bloom. El libro lo pensé como *Personajes de Shakespeare*, de Hazlitt; es decir, recuperando la obra de Shakespeare para la poesía y prescindiendo del teatro en tanto representación.

-También observás que, en el cine, Shakespeare ha tenido más que ver con el cine arte que con las expresiones populares y que tus experiencias con adaptaciones no han sido del todo gratas...

-Me interesaba remarcar que, cuando se repite ese lugar común de que hoy nadie lee a Shakespeare, esa percepción es incorrecta. Porque cuando un es-

critor se convierte en clásico y en uno como él, la obra no solo está en los textos, sino también -y con mayor fuerza- en la cultura, que ha sido permeada por décadas. Chespirito no solo debe su nombre a una aliteración del apellido Shakespeare, sino también porque adaptó -y vimos en sus sketches- *La comedia de las equivocaciones* y *Cuento de invierno*. En general, en los culebrones está presente Shakespeare. Por eso es tan grande. Quien vea a Shakespeare como de alta cultura, se equivoca: nació como un autor popular y hoy está y vive en la cultura popular.

-El genio pareciera ser producto de una serie de condiciones que exceden lo meramente individual y hacen posible su existencia. En tu libro señalás que “todo autor genial abreva o se beneficia de su generación”. ¿Qué autores del período isabelino destacarías, en relación con Shakespeare?

-Hace poco salió en Chile un libro muy ambicioso que quiero leer, se titula *La invención de Shakespeare*, de Christian Torres; entiendo que es más un trabajo sobre un contemporáneo suyo: Christopher Marlowe. Hace unos meses, transgrediendo mis principios, fui a ver *Eduardo II*, de Marlowe, con la dirección de Alejandro Tantanian. Me llamó la atención de que fuera la primera obra inspirada en las crónicas de Raphael Holinshed, de quien después Shakespare tomó como fuente de inspiración para *Enrique IV*, *Ricardo II* y *Macbeth*. Sin Marlowe quizá no hubiera existido Shakespeare. Pero Shakespeare tenía una generación que excedía a Marlowe: Ben Jonson, Edmund Spenser, John Donne, autores que en la época isabelina eran más importantes que Shakespeare.

-Son muchas las conexiones que hallás entre Shakespeare y la literatura argentina... Borges,

Aira, Gamberro, por nombrar algunos autores. ¿Qué podés destacar de ellos?

-Hay una definición que da Rüdiger Safranski que dice que genio no es más que “una vida suficientemente fuerte como para no dejarse obstaculizar” por nada. Un genio es quien avanza con su arte pese a todo. Y obviamente Borges y Aira calzan con esa definición. Lo curioso en Borges es que decía que Shakespeare no era suficientemente inglés. La cita exacta aparece en el *Borges* de Bioy y dice: “Shakespeare, con su irresponsable elocuencia, parece un sinuoso judío italiano, jamás un inglés; nada de *understatement*, nada de la pasión inglesa por el mar...”. Y luego agrega que tiene la pasión peronista. Y Aira tradujo dos obras: *Cimbelino*, que se puede leer como una novela, y *Trabajos de amor perdidos*, una obra que podría pasar perfectamente por aireana.

© LA GACETA

Regreso al pasado: ¡lo mejor está por llegar!

♦ Por Jaime Nubiola
PARA LA GACETA - PAMPLONA

En este mes de agosto he vuelto a residir en el Colegio Mayor Belagua (Pamplona, España) donde viví 12 maravillosos años entre el 2001 y el 2012. Trece años después he vuelto a estar compartiendo el espacio y el tiempo con jóvenes estudiantes universitarios con ansias de aprender. Me parece que la convivencia con estos jóvenes, de los que quizá por la edad podría ser su abuelo, algo me ha rejuvenecido a mí.

He pasado diez gustosos días

impartiendo un curso intensivo de “Lógica y Filosofía del lenguaje” en la Universidad de Navarra, en la que trabajé durante 45 años (1978-2023). Al recorrer ahora los pasillos de los imponentes edificios para ir a dar mis clases o en mis paseos por el hermoso campus, venían a mi memoria con fuerza los recuerdos, en su mayor parte bonitos, de tantos años pasados en esas aulas y estos jardines. Parafraseando a Stefan Zweig, afloraba en mi memoria y en mi corazón el mundo de ayer.

Reflexionando un poco sobre esto, caía una vez más en la cuenta de que la memoria constituye en buena medida nuestra propia identidad: sin memoria no hay libros. El libro lo pienso realmente que el pasado fuera mejor; lo que tengo ahora en mis manos es el presente, que es el tiempo que tengo para vivir, para amar, para disfrutar. Me gusta recordar aquel dicho del poeta argentino Jorge Bucay: «El tiempo que se disfruta es el verdadero tiempo vivido».

Tuve ocasión en estos días de encontrarme con muchas personas conocidas y queridas. Una joven pareja —que acaba de tener su primera hija— me invitó a comer en su casa. Me llamó la atención un letrero que habían puesto en una pared: «Lo mejor está por llegar». Quizá lo habían colocado en los meses de espera de la hija por nacer, pero me pareció también un desenfadado grito de juventud que podría adoptar yo como lema a mi edad.

Reconocer nuestro pasado con-

fiere raíces a nuestro presente y sentido a nuestro futuro, a nuestros proyectos. En este contexto me gusta recordar aquellas conocidas palabras de George de Santayana, el filósofo español afincado en Harvard, que aparecen en las páginas finales de su *Reason in Common Sense* (1905): «Aquellos que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo». Esto suele decirse de los países o de las colectividades, pero también podría aplicarse en cierto sentido a las personas,

puesto que somos narradores de nuestra propia existencia. Con expresión de Kierkegaard, vivimos hacia adelante y comprendemos hacia atrás.

Regresar al pasado nos ayuda a vivir el presente y a proyectar el futuro. Nos ayuda a persuadirnos de que —como piensan los jóvenes— lo mejor está por llegar.

© LA GACETA

Jaime Nubiola - Profesor emérito de Filosofía de la Universidad de Navarra (jnubiola@unav.es).